

tes que cada tanto descienden de las estrellas y ponen un libro como un huevo dorado, alados seres a quienes no afectan los cambios terrestres. Hablamos de nosotros, y de los que siempre han creído que un escritor no sólo es testigo sino también parte responsable de su país y de su tiempo. Un protagonista. Y Unamuno, a quien le gustaba señalar la identidad etimológica de testigo y mártir, también podría intercalar su parrafito sobre este protoagonizar del escritor. Cuál es, en suma, nuestra situación en 1979. Exterioamente todo parece desfavorecer cualquier movimiento intelectual o artístico: la gente que nos importa no puede comprar libros, hasta las mejores editoriales han entrado en una desenfrenada competencia por vender basura (en inglés: *best-sellers*) con el mismo entusiasmo, y acaso por los mismos motivos, de hace unos años, cuando descubrían un genio latinoamericano cada semana. Las nuevas generaciones no tienen dónde publicar, lo que en los hechos se traduce en: no existen nuevas generaciones. Y la vieja generación, que hoy amontona a escritores de 30 a 60 años, pareciera estar trabajando en el vacío. Queda el consuelo de la inmortalidad, es cierto. Pero un escritor vivo, vive sólo en sus contemporáneos. Ninguna ilusión atemporal puede mitigar la angustia de no existir ahora para los otros, en los otros. Y acá está justamente la respuesta. Porque, qué será de nuestra realidad, con nosotros dentro, si abandonamos (y en manos de quién) el territorio que nos concierne específicamente. Qué sería de la entera realidad si cada creador abandonase el terreno que, por derecho propio, le corresponde. Y enfatizamos creador porque también hay destructores, y parásitos, especies a las que no concierne este editorial. Porque ésta es nuestra historia, no la de los «otros». Un país no es un puesto de feria al que nos acercamos si nos conviene el precio y del que nos alejamos cuando cambia el verdulero. Este país es el nuestro, y somos por lo menos tan responsables de su imagen definitiva como los futbolistas, un premio Nobel de ciencia, miss Mundo, un presidente de la República, o el más humilde maestro de La Quiaca. Un ejemplo servirá para ver si a los intelectuales les cabe o no un rol en la Argentina: la increíble polémica sobre la matemática moderna. No les concernía sólo a ellos, pero fueron los matemáticos quienes salieron al cruce, vale decir: los únicos que tenían autoridad científica para defender una causa científica. Científica,

aunque se la haya querido plantear como política. Cabría preguntarse: ¿es tan importante, justifica tantas páginas como las que se han escrito dilucidar el significado de la palabra «vector» en la Argentina de hoy? La amenaza de una guerra con Chile, el latente conflicto con Brasil, la crisis económica interna, ¿no empujeñecen hasta la nulidad la cuestión de si se enseñará o no matemática moderna en los niveles primario y medio? De ninguna manera. Desde Sarmiento sabemos (y lo aprendimos en el nivel primario) que ninguna medida arbitraria puede destruir el pensamiento; el desencanto, el abandono, el no te metás, el desinterés por seguir defendiendo los derechos de la inteligencia, eso sí destruye. Destruye a los pueblos. Una sociedad cuyos hombres han perdido las ganas de expresarse, es un objeto de investigación arqueológica: es una sociedad muerta. Si los matemáticos han elegido intervenir en un debate que no les concernía sólo a ellos, y si hemos de ser lógicos, prácticamente no los afectaba (¿cómo prohibir la suma de matrices o el producto cartesiano de dos conjuntos al pensamiento matemático?). Son los artistas, son los escritores, los que deben afrontar los problemas de la literatura y del arte. Si no se puede trabajar en una situación favorable, se trabaja contra una situación desfavorable. Desde hace quince años venimos diciendo que nuestro país no es Francia, ni Inglaterra, ni Italia: culturas seculares y casi congeladas que agobian a sus creadores. Nuestra literatura, nuestro arte, todavía están haciéndose. Y seguir haciéndolos es cosa nuestra. Esta situación no cambió. Un país no se construye ni se destruye en un día. Este es el tiempo que nos tocó vivir, ésta es la tierra que asumimos y es acá donde tenemos, nosotros, que hacer nuestra historia. Y la historia de todos los pueblos demuestra que el arte no espera una situación favorable: aparece como sea y contribuye a crearla. Escribir libros, o más modestamente sacar revistas, contribuir de algún modo a que nuestro pueblo siga cantando y hablando por boca de sus poetas y de sus escritores, y a que la palabra «cultura» no se petrifique en una mera descripción etnológica, ésa es la responsabilidad de los intelectuales argentinos. Ese es el sentido de su obra, por no decir, enfáticamente, de su vida. ¿Que no se tendrá la recompensa de las pequeñas vanidades a que nos habían acostumbrado épocas más florecientes? Mejor. Que escriba el que se aguante la soledad, el des-

tierra hacia dentro. Hoy ni siquiera se aguarda la aparición de un hecho artístico, de una gran novela. En el fondo, es lo menos desagradable que le puede pasar a un creador. Una verdadera obra de arte, lo mismo que un pensamiento original, nunca es esperada. No hay como los terremotos, las guerras y las pestes para favorecer los partos. No hay como la falta de reconocimiento para mejorar el estilo. Los libros tienen un destino, decían los antiguos. Y lo tienen. No sólo duran más que quienes los amamos sino que quienes los detestan o les temen. Pensar en esto último, puede devolverle a cualquiera esa secreta alegría que, aún en plena angustia, en plena incertidumbre, hace falta para seguir escribiendo.

Enero/febrero 1979

## La década vacía

Bruscamente cundió la alarma. Los diarios, algunos intelectuales y hasta la tornadiza revista *Gente*, han experimentado, al mismo tiempo, idéntico vacío: no hay una nueva generación literaria argentina, no hay década del 70. Fenómeno cultural negativo que estaría explicado por la invasión del *best-seller*, por la insolencia de nuestras más importantes editoriales, por el hastío que produjo el *boom*, por la imposibilidad de competir con el libro español o por la crisis económica heredada (heredada de don Pedro de Mendoza, si nos atenemos al recurrente testimonio de nuestros oradores) y aún por la fascinación del fútbol o del *rock*. Hechos todos reales quizás, y, si se lo piensa bien, formas de un mismo hecho. Seguimos siendo una colonia, y por añadidura una colonia pobre. Hasta el *boom* de la literatura hispanoamericana fue un rebote colonial: Europa y Estados Unidos decidieron que debíamos aprender, y tuvimos algo así como nuestro Lustró de las Luces.

Algo apagados hoy, los argentinos clamamos por una generación siquiera sea para uso interno. No hay, dicen. Se habla de falta de respeto hacia el escritor, se habla con desdén de las exigencias de mercado. Lo primero, la falta de respeto, no tiene, sin embargo, mucho que ver con los escritores jóvenes ni acaso con los escritores de cualquier edad: por qué suponer que el orden social, económico y político, no ya del país, del mundo moderno, orden que no se basa precisamente en el respeto por

la dignidad humana y orden contra la cual todo escritor, lo sepa o no, se subleva escribiendo (el poeta, ha dicho Herbert Read, necesita cambiar el mundo por razones poéticas), por qué suponer que ese orden va a respetar la literatura. Gracias que la tolera, como tolera el arte en general. Y eso hasta que deja de tolerarlos. En cuanto a las exigencias del mercado, parece que hay un malentendido. Como respondió hace poco Liliana Heker a *Clarín*, el mercado nunca exige nada a un escritor; ni siquiera le solicita, con urbanidad, que escriba. El escritor, en principio, elige a cambio de nada las palabras y su riesgo. Si está de acuerdo con el mercado le bastará pensar poco y ser coherente para responder a sus expectativas, y cualquier autor de teleteatros o de *best-sellers* conoce este privilegiado equilibrio espiritual (lo que no impide que ocasionalmente un gran escritor sea muy leído: ya enseñó Rilke que la celebridad es la suma de malentendidos que se acumula sobre ciertos hombres), y si sus ideas o aun su estilo no están de acuerdo con el Mercado, al que los antiguos llamaban estupidez, por qué esperar que la sociedad lo reverencie o siquiera lo alimente. Escribir es un oficio, pero en sentido de oficiar. Casi podría desconfiarse de quienes hoy pretenden ganarse la vida con sus poemas o sus ficciones. Hay que ganarse la vida de cualquier modo, y regalarla al escribir: darla. Dicho así, de golpe, suena un poco descomunal, pero quizá ya va llegando la hora de rescatar las grandes palabras, de restituir las al origen. O seguiremos hablando de literatura en la jerga de los investigadores de mercado y las revistas semanales.

Pero bien: las razones citadas, ¿explican o no la inexistencia de una nueva generación literaria? La respuesta es sencilla. No. Y no porque haya otras razones, sino simplemente, porque sí existe una nueva generación<sup>1</sup>. Que

<sup>1</sup> Basta contar los talleres y grupos literarios de Buenos Aires, basta hojear las nuevas revistas de literatura. ¿Quién asiste a estos talleres, quién escribe estas revistas? Y este fenómeno no es un descubrimiento nuestro (*Clarín* y *La Opinión* lo han advertido, las revistas *Contexto* y *Propuesta* les han dedicado números enteros), sin embargo no parece repararse en que hay una contradicción entre este hecho y la supuesta inexistencia de escritores jóvenes. Tengo ante mí un largo artículo de Liliana Heker, aun inédito, escrito para un suplemento cultural; en él se citan docenas de escritores entre veinte y treinta y cinco años, más de uno no tan desconocido como para borrarlo de la realidad cultural: generación posterior a la mía cuyos límites estarían dados por narradores de la edad

esa generación es poco homogénea, que aún no tiene peso en las letras nacionales. Muy cierto. Ocurre con todas las generaciones jóvenes. La propia palabra «generación» es un comodín clasificatorio, y cuando realmente significa algo, significa un movimiento infrecuente (y nunca ordenable en décadas) cuya vida espiritual abarca un período que algunos estudiosos estiman en treinta años. Lo que es lógico: un hombre o una mujer que empiezan a escribir hacia los veinte años, si no se quedan en el camino y si tienen algo que decir, no lo habrán dicho totalmente ni habrán dado forma a su obra antes de los cincuenta. Y esto nos lleva, por fin, al centro de una cuestión (la que yo quiero tratar) que se agazapa debajo de la paradójica pregunta sobre la nueva generación. Pregunta que exige, a su vez, otra: ¿Qué es lo que se quiere preguntar cuando se pregunta por qué no existen jóvenes escritores, sobre todo cuando la realidad demuestra que sí existen?

Bajo este pseudoproblema aparece el problema real: el de la literatura argentina en totalidad. Lo que no se ve es nuestra literatura. O mejor, desde 1970 no hay nada que aparezca públicamente como una literatura, a no ser la ya hecha por escritores como Borges, cuya edad es la que tendrían Arlt y Marechal si vivieran, o como Sábato, Mujica Láinez, Bioy o Cortázar, vale decir, hombres que están entre los 65 y 80 años. Y hacia abajo, nada: jóvenes afantasmados que no tienen ninguna posibilidad real de cotejarse con aquéllos. O de otro modo, en un extremo la vieja generación, grandes escritores que ya han dicho todo lo que tenían que decir aunque sigan publicando libros y hasta grandes libros y, en el otro extremo, los que deberían traer las palabras o las formas nuevas pero a quienes deberemos esperar diez años para saber si eso es cierto. La sensación es de vacío, y recae naturalmente sobre los jóvenes. Sin embargo, el vacío real no está en ellos ni en la vieja generación. Está en lo que podríamos llamar «generación intermedia».

En los años sesenta o, para ser más precisos, entre la caída de Perón (1955) y el golpe militar de Onganía (1966) aparecieron distintos grupos de escritores que entonces eran la nueva y la novísima generación (Viñas, Beatriz Guido, Conti, Sáenz, Martha Lynch, Constantini, Peltzer, Manauta, entre los de mayor edad, y entre los más jóvenes la llamada generación del 60): ésa, y no otra,

es la generación ausente. Porque si bien a la nueva generación le corresponde abrir nuevas perspectivas, es la generación intermedia, cuando existe, la que da cuenta del presente. Con todos los matices que se quiera, esas dos generaciones contiguas (la del 55 y la del 60) surgieron del explosivo sentimiento de «permisibilidad» ideológica que siguió a la caída de Perón y crecieron en los posteriores debates sobre la realidad nacional y latinoamericana que fueron el eje del pensamiento argentino de esos años. Eran los tiempos de la rebelión contra el sociologismo basado en la fatalidad telúrica o en el pecado original de América o en la Argentina invisible. Fue el tiempo del parricidio, fue el tiempo de la polémica Sábato-Borges, Borges-Martínez Estrada, sobre el peronismo. El tiempo de las revistas *Contorno* y *Gaceta Literaria*. Y, más tarde, el «juvenilismo» anárquico de las revistas del 60. Eran los tiempos de las mesas redondas en la Facultad de Filosofía, de los recitales poéticos en Medicina, de las escisiones, apostasías, manifiestos. La «intelligentzia», nucleada alrededor de *Sur* (que aunque algo raleada por la decrepitud o la muerte es la que hoy vuelve a representarnos, junto con Menotti, ante el mundo), pareció dar paso a una nueva intelectualidad que comenzó a replantearse, o a plantear seriamente por primera vez en nuestra historia, qué significaba realmente una cultura nacional y qué era lo que debía rescatarse y reivindicarse de la literatura tradicional. Hacia fines de la década del 60 sucedieron dos cosas: por un lado, el intento estatal de despolitización que se centró en la universidad y dio comienzo a la «fuga de cerebros»; y por el otro, la hiperpolitización de ciertos núcleos intelectuales y artísticos que hacia 1970 degeneró (el verbo parece excesivo, pero tiende meramente a describir un hecho) en un caos ideológico donde la búsqueda de una identidad nacional se mezclaba con el fascismo astrológico de los amanuenses del lopezreguismo, y donde, por motivos al principio generosos y altruistas, el acto de escribir se transformó en un ejercicio vergonzante, casi de traición a los desposeídos, y fue cuestionado y finalmente execrado por los mismos intelectuales y escritores que

*de Piglia, la propia Heker, García, Lastra, Asís o Sánchez Sorondo, y por Reyna Roffé y aún más jóvenes (Záttara y la gente de Nova, por ejemplo); generación que abarca sobre todo a una vasta promoción de poetas aparecidos a fines y después de la década del 60.*